

The illustration depicts a winged figure, possibly an angel or a personification of death, with large black wings and a pale, textured, spherical head. The figure is dressed in a black robe and is crouching on a large, glowing pile of human skulls. The background is a dark, purple, starry sky with a bright, multi-pointed star. The overall mood is somber and mysterious.

DIOSES y corderos

Manuel Amaro Parrado



Presenta

Colección  A sangre



Dioses y corderos

Manuel Amaro Parrado

Créditos:

Dioses y corderos

Primera edición digital: abril 2015

Código: 9785400038635050077

Autor: Manuel Amaro Parrado

Ilustración de portada: David Vela Cervera

Prólogo: Juan Ángel Laguna Edroso

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A las puertas del laberinto

¿Sabes cuál es la diferencia entre el escaparate de una tienda de bisutería y la entrada a un laberinto? No, no es un chiste: es la realidad literaria contemporánea. Si quieres que te lean, necesitas más luces, fuegos artificiales, un cartel de neón bien grande, sacar la artillería pesada en la primera línea. Este es el dogma de nuestros tiempos: llenar el espacio, saturar los sentidos, horror vacui al servicio de la industria, el desprecio a la imaginación del lector, el miedo a que no se lo demos lo bastante mascado, a gritar menos que el de al lado. Se podría pensar que el problema es que no sabemos si esa máxima la ha promulgado un escritor o un publicista, pero la cosa va más allá, porque una tienda es algo más que sólo un escaparate, del mismo modo que un laberinto es mucho más que su entrada. Es decir, el problema real es que para algunos el libro termina con la venta, mientras que para otros, entre los que nos gusta incluirnos, ni siquiera acaba tras la lectura.

Vuelvo a mi metáfora del laberinto. ¿Te has fijado en cómo está construida su entrada? En lugar de darte toda la información, te la escatima, la oculta en un rincón justo al límite del rabillo del ojo. Sí, hay un primer plano sugerente, el pórtico, pero lo que de verdad cuenta es ese ángulo muerto que apenas llegas a entrever. Eso es lo que nos gusta a los lectores de terror, lo que nos hace dar un paso más. ¿Toda la carne en el asador en el primer relato? Es mejor que nos quedemos con hambre, que nos claven un anzuelo en el estómago y vayan tirando de él, que usen el sedal como un hilo de Ariadna.

Ahí está la diferencia, el quid: entiendo que para vender libros hagan falta escaparates, pero para disfrutar con la lectura plenamente, hacen falta constructores de laberintos.

Uno de ellos es Manuel Amaro Parrado. No es de los que se conforman con abrir ventanas a calles rectilíneas, no va a poner un espejo delante para enmarcar un reflejo directo de la realidad. Nada tan sencillo, nada tan directo. Él trabaja con la estructura, con el diálogo entre los elementos. Cada pieza de esta antología os brindará, en efecto, una

imagen, una diversión, una historia. Son solo muros, salas, puertas, cuadros. Buenos relatos. Por separado.

Sí, a veces traen ecos de otros espacios, de realidades que nos han brindado otros autores o ese sustrato cultural abonado por la mitología, la historia y la propia existencia. Es una paleta de colores viva per se: lo legendario y lo contemporáneo, el *thriller* y la tragedia griega, lo trepidantemente visual y el escalofrío intimista. Pero cuando surge la auténtica magia, cuando se da el fenómeno alquímico, es en ese momento mágico en el que empiezas a ver el diálogo que estas historias mantienen entre ellas. Surge como una melodía discreta, como un guiño tan fugaz que llegas a dudar de que se haya producido. Luego va subiendo de tono, dejando caer las máscaras, rasgando el velo, y es entonces cuando sientes el escalofrío mezclado con el vértigo de la revelación.

Frente a tus ojos lectores queda desvelada la arquitectura dislocada del laberinto. Mayestática. Tan incomprensible como palpable. Está ahí, es evidente, aunque no puedas abarcarla por mucho que esfuerces la mirada por culpa de sus escaleras imposibles y sus recodos retorcidos sobre sí mismos.

Hay grandes escritores cuyos libros de relatos se devoran a sí mismos. La superposición de fotografías perdidas los convierte en un álbum gris. Es ese maldito concepto de la suma de las partes convertido en un 3x2 de estantería de supermercado. *Dioses y corderos* ha conseguido engañarlo. Tiene el alma intacta, bien protegida entre sus páginas. No es un recopilatorio de historias, no es una antología de relatos.

Dioses y corderos es un laberinto.

Un laberinto con monstruo, con rincones espeluznantes, con estancias que nos hacen abrir los ojos ebrios de fascinación, con tesoros ocultos e inscripciones misteriosas que tienen secretos que revelar. *Dioses y corderos* es un laberinto. Un laberinto con ánima. Abierto para los que se atreven a adentrarse en él.

Si eres uno de ellos, ten en cuenta una cosa al leer el primer relato: tan solo es la antesala. Para entender la grandeza de su arquitectura tendrás que llegar más lejos, hasta el final. A cada paso irás descubriendo por qué. Pronto te habrás adentrado ya demasiado para escapar del laberinto.

Juan Ángel Laguna Edroso
Metz, febrero 2015

A mis hermanos.
Por haberme comprado tebeos y libros,
por haberme enseñado el cine de terror,
y por toda esa influencia que, sin querer,
siempre se ejerce sobre un hermano pequeño.

Tótoogu

Ya ni recordaba el tiempo que llevaba en aquel lugar. De nuevo estaba sola, obligada a tomar sus propias decisiones, aunque por lo menos podía decir que la pequeña herida de su pie izquierdo apenas le dolía. Ante sí, una puerta de madera sin cerradura. A su espalda, un buen tramo de estrecho pasillo sombrío que acababa de recorrer y al final del cual le esperaba una muerte segura.

Tótoogu agarró con fuerza su arma con la zurda y abrió la puerta con la derecha, permitiendo que una claridad cegadora irrumpiera de repente en las tinieblas del corredor. Con un rápido movimiento, se pegó a uno de los muros, procurando alejarse de cualquier peligro mientras sus ojos se adaptaban a la luz.

Nada parecía moverse en aquel salón iluminado. Echó un vistazo y contempló una estancia muy similar a la que podría haber en cualquier hogar, tal vez demasiado grande, pero al fin y al cabo invitaba a pensar que aún podía sentirse como si estuviera en casa.

Con el rabillo del ojo, percibió un pequeño movimiento en una esquina, así que antes de girarse situó la culata del fusil contra su hombro y apuntó con el dedo colocado sobre el gatillo.

—¡Soy humano, como tú!—exclamó un tipo negro con los brazos en alto. En una de las manos llevaba una pistola.

—Ya veo—replicó ella, algo más relajada pero sin dejar de apuntarle—. Tu cara me suena.

—Los blancos pensáis que todos los negros somos iguales.

El tipo bajó las manos y enfundó su pistola con toda tranquilidad. Ella también bajó su fusil, aunque no quitó el dedo del gatillo.

Miró a su alrededor y comprobó que todo estaba en un extraño orden que contrastaba con el caos al que estaba acostumbrada. Aquella sensación de familiaridad y de aparente seguridad tan sólo conseguía que se sintiera aún más tensa y alerta. Observó que, además de la puerta por la que había llegado, en el extremo opuesto había otra más, ésta de madera labrada con escenas que no alcanzaba a ver desde allí.

—¿Qué hay tras esa puerta?—preguntó Tótoogu. El negro siguió la dirección de su dedo y asintió con la cabeza.

—Un jardín con niebla —respondió.

—¿Y más allá del jardín?

—No lo sé, no he salido de aquí. Sólo he abierto la puerta y he visto la niebla. —Hizo una pausa y luego añadió—: también he escuchado los crujidos.

—Deleznes —murmuró ella. Atravesar un terreno abierto con escasa visibilidad y plagado de deleznes podía resultar una tarea complicada teniendo en cuenta que ni siquiera sabían si había una salida más allá del jardín. Necesitaba más información antes de aventurarse y dar un paso en falso.

—¿Desde cuándo te escondes en esta habitación? —preguntó con un tono más de exhortación que de interrogación.

—No estoy seguro. Desperté desnudo aquí hace unas horas. Sobre aquella silla encontré estas ropas y una pistola.

Tótoogu hubiese dicho que aquello era extraño si no hubiese presenciado cosas aún más extrañas en el tiempo que llevaba allí. A pesar de que se alegraba de tener a alguien con quien conversar y que a su vez pudiera cubrirle las espaldas, era imperativo

recopilar algo más de información que pudiera sacarla de aquel lugar maldito, de modo que le preguntó qué era lo último que recordaba antes de llegar a aquel cuarto, a lo que el negro, quien dijo llamarse Renasconte, respondió que tenía vagos recuerdos de luchas contra criaturas espantosas.

—Aunque creo que no son recuerdos, sino sueños —susurró como si temiera que decirlo en voz alta pudiera invocar a las criaturas de sus pesadillas.

—No estés tan seguro —indicó ella a la vez que cerraba la puerta por la que acababa de llegar. Aunque no podía estar del todo convencida, creyó escuchar a lo lejos los molestos y familiares crujidos que emitían los deleznes al arrastrarse—. Tus criaturas existen y son increíblemente voraces. He matado muchas y llevo días huyendo de ellas. No sé qué ha pasado, pero el infierno ha caído sobre este puñetero mundo.

—Eso explicaría la sangre que salpica tu cara —señaló Renasconte, ofreciéndole para limpiarse un trozo de tela previamente humedecida con unas gotas de agua.

Tótoغو se rascó la cara y observó sus uñas, llenas de unas escamas reseca y casi negras. Sabía que los deleznes sangraban una baba espesa de color

rosáceo. Al no recordar de dónde provenía la sangre, se encogió de hombros y no añadió una sola palabra más.

Abrió la puerta que daba al jardín y echó un vistazo a lo poco que le dejaba ver aquella niebla espesa. Le dijo a Renasconte que no estaban seguros en la habitación, y que si los deleznes la habían seguido no tardarían más de unos minutos en estar allí.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó éste con escasa convicción.

—Salir a ese jardín y buscar una escapatoria —le respondió con la decisión de aquel que ya ha pasado por una situación como aquella millares de veces—. Tenemos que movernos deprisa antes de que los deleznes detecten nuestra presencia. No son excesivamente rápidos pero nunca paran a descansar, así que si nos siguen la pista es difícil evitar que terminen alcanzándonos.

Renasconte asintió con la cabeza mientras comprobaba con eficacia militar que su pistola estaba cargada y uno de sus bolsillos repleto de munición. Sacó una linterna de un pequeño morral que llevaba sobre el hombro y vio que funcionaba a la perfección. Al verlo, la muchacha le dijo que

necesitaba pilas para la suya, y él le señaló un cajón en el que encontró baterías revueltas de muchos tamaños y formas.

—Demasiado fácil —musitó ella, evidentemente preocupada mientras cogía las dos únicas que valían para su linterna.

Renasconte observó que la chica llevaba rota la puntera de una de sus botas, por donde asomaban varios dedos, uno de ellos con bastante mal aspecto. Le preguntó si estaba en condiciones de correr y ella se limitó a mirarlo con desdén a la vez que abría de nuevo la puerta que daba al jardín.

Hizo un gesto a su acompañante para que no se separara mucho e hiciera el menor ruido posible e intentó caminar en línea recta, deteniéndose cada dos o tres pasos a escuchar o ver algo que pudiera moverse por entre la densa niebla.

Sabía que los deleznes no eran criaturas acechantes ni silenciosas, de modo que aquel silencio le indicaba que iban por buen camino.

—¿Sabemos hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Renasconte.

—No hagas ruidos, imbécil —fue todo lo que obtuvo como respuesta.

Saltaron una ajada valla de madera y atravesaron varios setos antes de vislumbrar, a través de la niebla, un muro de piedra oscura. Tótoogu se detuvo al verlo y contuvo el aliento para que su propia respiración no interfiriese en la labor de su oído.

Algo había crujido no muy lejos de allí, al frente, posiblemente cerca del muro.

Se acercó a su acompañante y le susurró al oído «deleznes», indicándole con el dedo la dirección en la que creía que estaban. Al oír aquello, la cara del negro cambió por completo, pasando de la simple preocupación a un terror que hizo que la chica se arrepintiese de inmediato de haberlo llevado consigo.

—Hay que volver —dijo el hombre en voz baja aunque temblorosa.

Tótoogu intentó cerrarle la boca, pero ya era demasiado tarde. Los crujidos empezaron a multiplicarse, provenientes de todos los lados. Cogió a Renasconte de la mano y tiró de él hacia el muro, lanzándose a la desesperada en busca de una puerta por la que huir de aquella trampa.

—¡Están por todas partes! —gritó el negro.

En efecto, más de un centenar de grandes gusanos amorfos reptaban hacia ellos emitiendo unos

crujidos que empezaban a resultar ensordecedores. La chica disparó varias veces su fusil y reventó a un par de deleznes que empezaban a estar preocupantemente cerca. Sopesó la idea de echar a correr de vuelta atrás, confiando en que las criaturas aún no hubieran cerrado su vía de escape, pero sabía que regresar supondría meterse en una habitación que no tardaría demasiado en ser cercada e invadida. Le gritó a Renasconte que disparase su arma y que se colocara espalda contra espalda con ella. El hombre así lo hizo y enseguida el ruido de los disparos se volvió ensordecedor. La chica era consciente de que no tenían munición suficiente para acabar con todos, así que indicó a su amigo que la siguiera y buscó hasta que a escasos metros de allí pudo ver la forma inequívoca de una puerta situada en el muro.

—¡Me quedo sin balas! —aulló el hombre—. ¡Cada vez hay más cabrones de éstos y yo me quedo sin balas!

La puerta estaba libre y accesible, pero aunque huyeran sería cuestión de horas que los deleznes destrozaran la madera con su baba y emprendieran una persecución que no tendría fin.

Tótoogu pensó.

No podían acabar con todos.

Tampoco podían huir y dejarse atrapar en cuanto tuviesen sueño y se detuvieran a descansar.

Necesitaba tiempo.

Necesitaba una distracción, algo que le proporcionara una buena ventaja.

Se quitó de encima a dos o tres deleznes que tenía cerca y entonces se giró, viendo cómo su compañero disparaba frenéticamente tanto contra criaturas vivas como contra otras que ya habían dejado de moverse.

Se dijo que no tenía más remedio, que era una simple cuestión de supervivencia. Los dos apenas tendrían opción alguna de seguir adelante. Levantó su fusil y apuntó contra la nuca de Renasconte.

Al apretar el gatillo, cerró los ojos y sintió cómo la sangre de su compañero le salpicaba la cara.

Mientras el cuerpo del hombre muerto se desplomaba contra el suelo, notó una punzada de dolor en su pie izquierdo y vio que uno de los deleznes había llegado hasta ella y empezaba a morderle el dedo gordo. Le propinó un puntapié y luego apuntó con su arma, más llena de ira que nunca, para disfrutar viendo cómo los sesos gelatinosos de la criatura saltaban por todas partes.

Al olor de la sangre fresca de Renasconte, los deleznes parecieron olvidarse de ella y acudieron a

por su parte de aquel festín, momento que aprovechó la chica para alcanzar la puerta y abrirla. Nada se escuchaba al otro lado, tan sólo un silencio que le resultó embriagador en contraste con los terroríficos crujidos de placer que emitían los deleznes en pleno banquete.

No miró hacia atrás. Lloró un poco por Renasconte y algo más por sí misma antes de cerrar la puerta con suavidad y adentrarse en aquel oscuro pasillo que bien podría llevarla a un lugar aún más peligroso que aquel en el que se encontraba.

Delante de ella, una muerte posible. Detrás de sí, la niebla, los deleznes y una muerte segura.

Si hubiese sido valiente, se habría quedado donde estaba.

Encendió su linterna y empezó a correr, confiando en que esta vez pudiera alejarse tanto que aquellos demonios voraces no fuesen capaces de encontrar su rastro. Después de unas horas, se detuvo jadeante e intentó calmar su respiración para escuchar.

Nada. Todo estaba tranquilo. Por el momento parecía encontrarse en un lugar seguro. La luz de su linterna empezó a titilar, así que emprendió la marcha para aprovechar todo el tiempo posible con

luz. No podía dejar de pensar en Renasconte, quien seguro que jamás hubiera imaginado que su final fuese a llegar de aquella manera, a manos de una guerrera cobarde que se resistía a morir. Se consoló diciéndose que la muerte les habría llegado de todos modos. Sudada y de nuevo jadeante, pisó un charco y se detuvo para beber de su agua, mucho más fresca, dulce y embriagadora de lo que hubiese cabido esperar en un pasillo cerrado como aquel.

Pronto la luz de la linterna se apagó por completo, dejándola en una oscuridad profunda y aterradora. Se lavó la herida del pie y descansó un par de horas, sopesando sus opciones con la mente mucho más clara y despejada.

Debía seguir adelante, debía encontrar por fin una salida a todo aquello.

Después de varios días caminando en penumbras, sus ojos empezaron a percibir algo de claridad al fondo del pasillo. Observó que la herida de su pie ya estaba casi curada, hecho que la hizo sentir más optimista y animada. Al final del pasillo pudo ver una puerta de madera bajo la cual se filtraba una luz blanca y cegadora.

Tótoogu agarró con fuerza su arma con la zurda y abrió la puerta con la derecha. Con un rápido

movimiento, se pegó a uno de los muros, procurando alejarse de cualquier peligro mientras sus ojos se adaptaban a la luz.

Nada parecía moverse en aquel salón iluminado. Echó un vistazo rápido y contempló una estancia muy similar a la que podría haber en cualquier hogar, tal vez demasiado grande, pero al fin y al cabo hacía pensar que aún podía sentirse como si estuviera en casa.

Con el rabillo del ojo, percibió un pequeño movimiento en una esquina, así que antes de girarse situó la culata de su fusil contra su hombro y apuntó con el dedo colocado sobre el gatillo.

—¡Soy humano, como tú! —exclamó un tipo negro con los brazos en alto. En una de las manos llevaba una pistola.

—Ya veo —replicó ella, algo más relajada pero sin dejar de apuntarle—. Tu cara me suena.

Tics

Antes de salir de casa, sentado en un sillón de su salón a solas y en silencio, Jose reflexionaba y llegaba a la conclusión de que las situaciones más simples podían tornarse harto complejas, así sin más.

Bastaba con no ser como los demás para que un gigantesco muro de piedra se alzara cada vez que quería conseguir cualquier meta a nivel social. Estaba preocupantemente acostumbrado a que le observaran y a la vez podía decir que jamás se acostumbraría a que lo hicieran, pues era incapaz de actuar con naturalidad sabiéndose observado.

Su comportamiento, su forma de pensar, su vida, todo estaba condicionado por la veintena de tics faciales diferentes que desfiguraban su rostro a cada momento convirtiéndolo en una atracción de feria para los demás.

O al menos ese era el guión escrito hasta el momento en que él mismo encontró la cura.

Le habían dicho, desde que los primeros síntomas se habían empezado a manifestar, que no se trataba de un problema físico. Podía ser un problema

psicológico, pero no había forma conocida de tratarlo y esperaban que con el tiempo mejorase su autoestima, y con ésta desaparecieran los tics.

«Ineptos», pensó. Sí que había forma de tratarlo, aunque el tratamiento era bastante costoso y a la postre resultó causar cierta adicción. Sin medicamentos. Sin nuevas técnicas ni supuestos expertos que experimentaban con sus estúpidas teorías. Sin agujas ni controles trimestrales.

Tan sólo necesitaba saber que iba a matar.

Llegó al pub Iris, se sentó en un taburete alto y pidió una copa con la cabeza agachada. Se la bebió de un par de tragos esperando que el alcohol empezara a hacer efecto. No iba a ser una buena noche, lo intuía, pero debía salir de casa de vez en cuando si no quería empezar a volverse loco pensando en cuándo y dónde sería la próxima vez, y si alguien habría sido capaz de encontrar restos de sus anteriores crímenes.

La camarera, al ver que había acabado con su copa, la retiró y le preguntó si deseaba algo más, a lo que él replicó que no, que tal vez más tarde.

Ella asintió y pasó un paño por la barra. A pesar de que él seguía con la cabeza gacha y una mano tapándole medio rostro, la chica se detuvo a mirarlo;

lo notó. El cuello se le tensó con violencia tres veces seguidas, a pesar de la resistencia que estaba poniendo para que nada ocurriera.

Al fin la camarera se alejó, dejándolo de nuevo a solas. Miró de reojo y vio cómo hablaba con su compañero, posiblemente de él. Éste, un chico fornido con camiseta negra ceñida y pelo engominado, se acercó y volvió a preguntarle si quería algo.

—Ron con cola —respondió sin pensar en que no le apetecía—. Lo más barato que tengas. No te cortes echando ron.

El local estaba empezando a llenarse, para su tranquilidad. Cuanto más abarrotado estuviera el ambiente, más desapercibido pasaría, más invisible se haría. El camarero volvió con la copa y le pidió seis euros. Le hizo un gesto con el dedo indicándole que ya estaban encima de la barra.

Fue entonces cuando volvió a verla.

Había pasado tanto tiempo que ya apenas soñaba con su rostro, mucho más infantil que el de ahora, mucho menos lujurioso y provocador.

Deseando más que nunca que el alcohol lo obligara a dejar de pensar en sí mismo, se bebió la

copa de un trago mientras se fijaba en todos sus movimientos, intentando no perderla entre la gente.

Recordó la primera vez que la vio, entrando en el colegio acompañada por su madre a media mañana, justo después de haber vuelto del recreo. Era tan pequeña y estaba tan asustada que no pudo sino sentir cierta ternura y empatía por su situación.

Su nombre era Irina y acababa de llegar de Rusia. La maestra les había hablado de ella y les había instado a ayudarla tanto como les fuera posible. De hecho, habían estado todo el día anterior estudiando la situación geográfica, la lengua y las costumbres populares de Rusia con el fin de tener cosas que compartir con ella.

Sin duda alguna, eran otros tiempos, pensó. Todo mucho más sano, incluso las burlas de los amigos. En algún momento la vida se había vuelto oscura y malintencionada.

La chica se acercó a la barra y se situó a su lado, rozándole levemente el hombro. Hablaba y reía de manera distendida con dos amigas más, sin darse cuenta de su presencia casi invisible. Sin levantar la cabeza, la escuchó pedir ron con cola, como él, aunque ella sí que había optado por una marca concreta. Reprimió un primer impulso de intervenir

e invitarla, temeroso de que en realidad no fuese ella o simplemente lo fuese pero el tiempo hubiera hecho que se olvidase de sus compañeros de colegio. Parecía razonable que él mismo hubiera cambiado bastante en esos ocho años. De hecho, Irina ya ni siquiera tenía el pelo castaño como entonces, sino que lucía un bonito tinte rubio que le daba un aspecto mucho más acorde con su piel blanquecina y sus ojos ligeramente achinados.

Fue lo primero que le llamó la atención cuando la vio entrar y la maestra la sentó a su lado. Ni era rubia, tal y como todos esperaban de una chica rusa, ni tampoco hablaba ruso.

La niña lo miró, entre agobiada y asustada, y atendió en silencio durante toda la explicación para que, una vez terminada la clase, le tocase en el hombro y le preguntara en un perfecto español con esos sibilantes:

–¿Qué te pasa en la cara?

–Tengo tics –le había respondido, intentando aparentar naturalidad–. No los puedo controlar.

–Si te miro mucho rato acabaré nerviosa –le espetó sin maldad alguna.

–Ya –se limitó a replicar él con un tic nervioso de la mejilla.

Recordó aquella escena como si se hubiese producido horas atrás. Las tres chicas pagaron la ronda y se alejaron de la barra ignorando que no les quitaba el ojo de encima. El lugar estaba cada vez más concurrido, más agobiante, más cargado de humo. Sintió que tenía ganas de orinar pero debía contenerlas un poco más si no quería perder la banqueta en la que estaba sentado.

Alguien pasó por detrás y le dio un golpecito en el hombro. Al girarse se encontró de cara con Luis, un viejo conocido del instituto que sólo se le acercaba cuando quería pasar un rato divertido a su costa.

—¡Hombre, Mohínes! —sonrió—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Más o menos desde la última vez —replicó Jose sin devolverle la sonrisa—. Nunca me gustó que me llamaran así, y creo que ya somos mayorcitos para seguir con ese tipo de juegos.

—Venga, no te enfades —dijo en tono burlesco—. Sabes que no es con mala intención. Antes no te molestaba que te lo dijeran, tío.

—Han pasado más de diez años —hizo una pausa y miró a su alrededor, dándose cuenta de que había perdido el contacto visual con la chica—. Ahora no me parece tan gracioso como entonces.

En realidad, pensó, ni siquiera entonces le había parecido gracioso.

Luis dejó de sonreír y le pasó una mano por encima del hombro.

—Te llamo Mohínes porque nunca me acuerdo de tu nombre, tío.

—Jose —respondió sin más. Tanto tiempo oyendo cómo los demás lo llamaban por diversos apelativos que a él mismo le resultaba extraño y ajeno su verdadero nombre.

—Si te llamo Jose no respondes ni tú —espetó no sin razón—. Joder, eres el Mohi de toda la vida, macho. No te deberías avergonzar de tu mote.

—Supongo que igual que tú tampoco te avergüenzas de aquella vez que le quitaste el bolso a una anciana acercándote por detrás al banco en el que estaba sentada —apuntilló, atreviéndose a mirarlo a los ojos. Sintió cómo su boca se torcía dos veces y un párpado le temblaba de manera nerviosa.

Luis volvió a sonreír, aunque esta vez se tratase de una sonrisa algo forzada, tal vez un poco resentida. En efecto, no tardó en devolverle la puñalada haciendo alusión a sus tics.

—Ese tic del ojo es nuevo, colega —dijo con evidente mala intención—. ¿Recuerdas que en el

instituto hicimos una recopilación de todos tus guiños en el lateral de un cuaderno?

—No me importa lo que hicierais en el instituto.

Quería acabar con aquella conversación y sabía que si le plantaba cara sólo conseguiría llamar más su atención. Enfurecerse no haría sino empeorarlo todo.

—Cerca de veinte diferentes, chaval. Eras capaz de poner nervioso a cualquiera.

Jose asintió, esperando que Luis se aburriera de hablar solo. Pensó en lo fácil que sería invertir las tornas, tomar la determinación de acabar con la vida de aquel estúpido inoportuno y dejarle ver cómo era él realmente, sin movimientos faciales ni temblores de cuello. Sólo tenía que decidirse, sólo tenía que estar convencido de que lo haría, y entonces los tics cesarían.

La nariz se le arrugó tres veces.

Los tics seguían ahí, y sabía lo que ello significaba: no iba a morir nadie por el momento, aunque tenía que reconocer que no iba a ser por ganas.

Cuando Luis se hubo hartado de dirigirse a una pared, se marchó dejándolo de nuevo solo, tal y como deseaba estar en aquel momento. Pidió una

tercera copa y decidió no acabarla tan pronto como las anteriores. Buscó a Irina de nuevo, pero su mirada se detuvo en un chico que bailaba solo en mitad de un escenario elevado. El muchacho, claramente drogado, agitaba los brazos de manera errática y movía la cabeza de lado a lado, con la boca extrañamente abierta.

Aquella boca torcida le recordó su primera vez.

Su primera víctima. Había pasado casi un año de aquello.

Tres pisos por debajo del suyo vivía una vieja loca y solitaria que acostumbraba a burlarse de él cada vez que bajaba las escaleras. La mujer parecía estar siempre detrás de la mirilla, atenta a que alguien se acercara, pues por más que procuraba no hacer ruido al bajar, ella abría su puerta justo cuando iba a pasar por delante.

—Mira que eres feo, hijo —le decía—. Eres todo un fenómeno.

Varias veces intentó replicarle algo pero ella no sólo no parecía sentirse afectada por sus palabras, sino que de alguna forma alimentaban sus ganas de molestar. Finalmente, decidió que lo mejor sería

ignorarla y encajar sus impertinencias, haciéndole ver que no se sentía ofendido por nada que le dijera.

—Estás poseído por un demonio —le dijo un día enseñándole una cadena con un crucifijo de oro.

Ese fue su último insulto. Aquella vez algo cambió en él. Tuvo un deseo irrefrenable de coger el crucifijo y hacérselo tragar, pero en última instancia pensó que una vieja decrepita y demente no merecía que él se arriesgara a pasar media vida en la cárcel.

Al día siguiente, habiéndose olvidado por completo de sus oscuros deseos, salió de casa quince minutos antes y se descalzó para bajar las escaleras con la esperanza de poder llegar hasta la calle sin ser sorprendido. Con todo el sigilo que le fue posible, descendió los tres pisos y pasó junto a la puerta de la vieja, que se encontraba entornada sin que nadie diese señales de estar escondido detrás. Pasó por delante y dobló el recodo hacia la siguiente escalinata, pero entonces algo le sorprendió: él mismo.

Sus ojos no temblaban. Sus cejas no se levantaban. Su cuello no se tensaba y su boca no se torcía.

Se tocó la cara, sintiéndose extrañamente aliviado. Por un momento pensó que algún milagro

lo había curado, que su vida había vuelto a un estado de normalidad que jamás había conocido, y entonces pensó en la vieja, en ir a su casa, llamar y retarla a que se burlara ahora si quería.

En realidad, sintió un hormigueo en su interior y descubrió que su intención no era retarla, ni reprocharle nada.

Era mucho más simple.

Quería castigarla. Siempre había querido castigarla pero sólo entonces, al ver aquella puerta entornada, había sabido que tenía una oportunidad inmejorable de hacerlo.

Con más sigilo aún que antes, entró en el piso y cerró la puerta echando la cadena de seguridad. En el salón había un televisor encendido con la voz quitada. Lo enfureció aún más pensar que la vieja era capaz de pasarse media tarde viendo la tele sin voz con tal de poder escuchar sus pisadas al bajar las escaleras.

Se asomó al salón, dejando los zapatos en la entrada, y escuchó un canturreo ahogado e intermitente que provenía de uno de los dormitorios. Conocía la distribución del piso, pues era igual que el suyo, de modo que caminó despacio pero con seguridad y se quedó parado bajo el marco

de la puerta, viendo cómo la mujer remetía bajo el colchón las sábanas de la cama.

—El demonio ha venido por fin a por ti, vieja —le dijo, dándole un empujón y tirándola boca arriba sobre el colchón.

Sin dar tiempo a que la mujer profiriera alarido alguno, le tapó la cabeza con la almohada y resistió sus débiles forcejeos, intentando evitar unas uñas que buscaban carne donde agarrarse. Al cabo de poco rato, los brazos dejaron de luchar y el cuerpo se quedó inerte. Quitó la almohada con cuidado, preparado para volver a presionar si su víctima había fingido, pero entonces vio su gesto torcido y su boca desencajada en busca de un poco de aire que jamás llegaría.

Le resultó irónico. Ahora que no tenía tics, ella había muerto con la cara desfigurada por uno.

Se lo merecía.

Se marchó de allí, no sin antes colocarla en una posición que pareciera cómoda. Al salir, tiró de la puerta y la cerró. No la encontraron muerta hasta que hubieron transcurrido algunos días, y por suerte para él la edad y el propio historial médico de la vieja hicieron que nadie dudara siquiera de que había sido aquella una muerte natural.

—¿Te acuerdas de mí? —le gritó una voz al oído, devolviéndolo a la realidad.

Se giró bruscamente para encontrarse a escasos centímetros de la cara sonriente de Irina. Los dos ojos se le cerraron con fuerza tres veces seguidas. El cuello se le tensó hacia atrás.

Sintió vergüenza.

—¿Irina? —preguntó, haciéndose el sorprendido. La chica volvió a sonreír, feliz de que se acordara de su nombre.

Por más que llevara un buen rato buscando la forma de acercarse y decirle alguna frase ingeniosa, aquella visita sorpresa le había pillado tan desprevenido que no pudo evitar ponerse colorado.

Allí estaba, más bonita que nunca, la chica de la que había estado enamorado en secreto tantos años, el sueño que nunca se había atrevido a revelar a nadie. De repente pensó en sí mismo y recordó quién era y cómo su vida había evolucionado. Había pasado de ser el objeto de las burlas de los chicos del instituto a ser el objeto de las burlas de los compañeros de trabajo. Seguía siendo el mismo. Algo menos sociable, algo más huraño, pero al fin y al cabo el mismo don nadie que nunca se había

atrevido a insinuarle jamás nada a la chica que le había robado tantas horas de sueño.

—Hace mucho tiempo —dijo al fin, con la cara contraída del esfuerzo de intentar evitar los tics.

—Sí que lo hace —replicó ella.

Situada tan cerca de él, pudo sentir su perfume mezclado con el sudor fresco que emanaban sus poros. Seguía oliendo como siempre, como cuando terminaban las clases de educación física y se sentaba a su lado ordenándole que no se acercara porque estaba sudada y le daba vergüenza. Aspiró una vez más su olor y quiso decirle que quería acercarse, que le encantaba aquel aroma, que le recordaba a un tiempo en el que su propia candidez le permitía disfrutar de una felicidad descafeinada.

Ninguna palabra salió de su boca. Sólo un gesto retorcido de su labio inferior y un encogimiento involuntario de hombros que ella observó con cierta pena.

Le dijo que se alegraba de haberlo visto de nuevo, que tan sólo se había acercado porque se había percatado de su presencia y quería saludarlo. Jose la detuvo, cogiéndola de la muñeca, y se levantó de la banqueta por primera vez en la noche para quedarse

cara a cara, intentando no decir lo que sus labios estaban a punto de decir.

No podía prometer aquello que no iba a hacer.

No debía hacerlo.

Irina hizo un gesto interrogativo a la vez que se deshacía de la mano que la agarraba. La miró, de nuevo amándola tanto como siempre, y se intentó convencer de que él también merecía un trocito de la felicidad que todos alguna vez disfrutaban.

Tenía que decirlo.

Pero no bastaba con decirlo: tenía que decirlo y proponérselo.

No debía proponerlo si después no iba a ser capaz de cumplir.

–Puedo hacer que mis tics desaparezcan –le dijo finalmente al oído.

Su corazón latía a mil por hora en aquel momento. Ante la mirada de sorpresa de la chica, aprovechó para darle un buen trago a su copa y dejarla sobre la barra. Sentía cómo sus tics se habían multiplicado, combinándose de tal forma que apenas le dejaban relajarse e interpretar qué estaba pasando por la cabeza de ella.

–Nunca fuiste capaz de conseguirlo –dijo ella con un gesto maternal que le resultó un tanto molesto–.

No quiero que te agobies, Jose, pero creo que tienes aún más temblores que cuando íbamos al instituto.

Recordó que ella siempre había evitado llamarlos tics, como si el hecho de evitar aquel nombre hiciera que el problema pudiera desaparecer.

—Es un asunto de voluntad —insistió él, casi implorando. Quería convencerla, pero no veía forma de conseguirlo sin hacerle una demostración que no quería hacer.

Irina sonrió de nuevo y le tiró un beso antes de perderse entre la multitud.

Cerró los ojos y respiró hondo. Su mano derecha se deslizó lentamente dentro del bolsillo de su abrigo, buscando inconscientemente algo que no halló.

Mejor.

Sentía su propia ofuscación y comprendía que no era un buen momento para llevar un arma, que la tentación podría acarrearle problemas.

Sabía que estaba en su mano el poder para deshacerse de aquella maldición. Le bastaba con saber que iba a matar. Lo había comprobado decenas de veces desde aquella vez con la vieja: una vez su subconsciente estuviera convencido, sabía que no

había marcha atrás y los tics desaparecerían hasta después de haber consumado el asesinato.

Ella no creía que él fuese capaz de controlar sus temblores. Se trataba de una cuestión de confianza lógica, pues ni siquiera él habría apostado por sí mismo dos años atrás. Pero ahora todo era diferente. Tenía el poder, y si ella quería ver si era capaz, se encontraría con aquello que buscaba.

La camarera le preguntó si quería algo, sacándolo de sus reflexiones. La miró a los ojos con una sonrisa serena, un tanto macabra. Le dijo que no y ella dio un paso hacia atrás, mirándolo como quien mira a una bestia que acaba de escapar de su jaula. Se tocó la cara y descubrió que el proceso había empezado. Nada temblaba, ningún músculo se estiraba de manera espasmódica.

Salió del pub y marchó a toda prisa a su casa, dos calles más allá. Una vez allí, abrió su armario ropero y rebuscó entre el caos de camisetas hasta encontrar una caja de zapatos que extrajo con cierta ceremoniosidad. De ésta, sacó un objeto pesado y metálico que admiró a la tenue luz de la bombilla. Por motivos de seguridad nunca, desde el día en que había encontrado su pistola en circunstancias tan extrañas, la había utilizado tan cerca de su hogar,

pero sin duda alguna aquel era un caso especial y de cualquier modo la decisión ya estaba tomada.

Todo seguía en orden. No había espasmos. No había temblores.

Algo tan simple y a la vez tan reconfortante que incluso estaba dispuesto a matar por ello. No tener tics era embriagador. Era la mejor de las drogas.

Regresó al pub y, tras mirar el reloj, comprendió que sólo había estado fuera veinte minutos. Sabiendo que Irina acababa de pedirse una nueva copa, lo más seguro era que la chica siguiera allí, bailando con toda tranquilidad con sus amigas y coqueteando con todo aquel que se acercara.

Se dio un paseo por el local, ignorando a todos los que se quejaban de sus empujones. Después de dos vueltas, uno de sus ojos empezó a temblar de manera violenta, como si de repente hubiese liberado toda la tensión que había acumulado durante la media hora anterior.

No podía ser. Ella no estaba. No se podía haber marchado tan pronto.

Se acercó a la puerta del baño de mujeres e intentaba echar un vistazo cuando una chica la abrió para entrar. Por un breve instante, creyó ver un

cuerpo menudo y familiar de espaldas, retocándose en el espejo, y entonces el tic del ojo cesó de nuevo.

—Ese es el servicio de las niñas, Mohínes —le dijo alguien dándole una palmadita en la espalda.

Se giró para encontrarse con la siempre burlona sonrisa de Luis. Su mano dentro del bolsillo acarició la pistola, cada una de sus partes, el suave cañón, el gatillo, la culata de madera.

No era para él la única bala que tenía, y lo sabía. Se sacó la mano del bolsillo y agarró con fuerza el cuello de su viejo compañero de aula, haciendo que éste retrocediera emitiendo un sonido gutural de sorpresa y ahogo.

—Tengo nombre —le dijo, soltándolo antes de que nadie se percatara de aquello.

Había sido suficiente. Luis tosió, lo miró a la cara con los ojos desencajados e intentó abrir la boca para protestar. Y entonces observó la cara de su agresor, fría, amenazante, casi imponente. Lo vio en su plena majestad, sin un mal gesto nervioso que le deformara el rostro. Sin mediar más palabras, se alejó permitiendo a Jose concentrarse en su objetivo.

Un minuto más tarde, Irina salió del baño, riendo afablemente con dos amigas. Él no dijo nada, tan sólo se quedó mirando, apoyado en la pared de

enfrente, con un gesto serio y confiado. Ella ensombreció su rostro, como si de repente hubiese visto a un fantasma, como si algo dentro de su cerebro la estuviese alertando de lo que pronto habría de ocurrir. Despidió a sus amigas y se acercó, sin dejar de observar aquella cara serena.

—Te dije que era capaz de hacerlo —susurró aprovechando un cambio de canción.

—¿Pero cómo...? —Ella alargó la mano y le acarició el rostro con ternura.

—Es una cuestión de voluntad.

No había mentido. La frase era correcta, aunque el contenido quedaba tan ambiguo que daba margen a ocultar su pequeño secreto.

Ella seguía tocándole con un asombro casi fraternal. Quiso pensar que, a pesar de haber pasado tantos años, Irina tal vez había sentido por él lo mismo que él había sentido siempre por ella.

No era momento de pensar en amor. El amor haría mucho más difícil hacer lo que debía hacer. Ella lo había retado y él había aceptado el reto. Así de simple, sin nada que lo complicara más.

Le dijo al oído que quería hablar con ella con más tranquilidad, que la música estaba demasiado alta y que, de seguir allí, al día siguiente se levantarían con

la garganta destrozada. Ella se lo pensó un instante, tal vez calibrando si tras aquella proposición se escondía una invitación a enrollarse con él. Finalmente dijo que sí, pero que no se alejarían mucho y volverían en poco rato porque tenía que irse con una de sus amigas.

Salieron del pub, ella a todas luces animada y él sonriendo vagamente, con el rostro un tanto sombrío. Pasearon por calles oscuras pero concurridas hasta que la cogió de la mano y tiró de ella para entrar en un callejón que olía a basura y meados.

—No me gusta este sitio —se atrevió a protestar.

Casi podía sentir el pulso acelerado de la chica. Se preguntó si ya había empezado a intuir lo que ocurriría o si su emoción se debía a un simple estado de excitación. Metió la mano en el bolsillo derecho y acarició la pistola, su talismán, la herramienta que le permitía mantener aquel estatus casi idílico.

Sería la primera vez que dispararía el arma en su misma ciudad. Tantas precauciones tomadas en los meses anteriores para acabar ahora de aquella manera. Miró a la chica y observó sus ojos almendrados, y entonces supo que valía la pena.

Irina se acercó e intentó besar sus labios, los mismos que un rato antes se estiraban y encogían de manera errática y compulsiva. Él se quedó quieto, esperando el beso, pero cuando estuvo lo suficientemente cerca se alejó un tanto, con el ceño fruncido.

—Has bebido mucho —le dijo.

—Un poco —replicó ella—. Pero creo que voy bien.

—No es lo que esperaba —murmuró casi para sí mismo.

Ella le pasó una mano por la cintura e intentó atraerlo hacia sí. Entonces sintió el bulto metálico que escondía dentro de la chaqueta y preguntó por él.

Era el momento. Todo aquello había sido un gran error, tal vez el más grande que había cometido jamás, y por ello debía acabar cuanto antes.

Sacó la pistola y la exhibió ante sí, apenas visible en la oscuridad de aquel callejón. Sin estar segura de qué se trataba, la chica retrocedió un paso, tal vez intuyendo que algo había cambiado en el semblante del muchacho.

—No sé qué pasa —dijo Irina con voz temblorosa.

–Siempre me gustaste –explicó él de forma casi mecánica–. Desde que te vi la primera vez entrando en el colegio de la mano de tu madre.

Ella guardó silencio, sin perder de vista los delicados movimientos de los dedos de Jose mientras acariciaba la pistola. Finalmente, comprendiendo que no iba a continuar, se atrevió a romper el silencio.

–Nunca me demostraste nada –dijo en un tono que bailaba entre el miedo y el reproche.

–Mis tics se multiplicaban por mil cada vez que pensaba siquiera en hacerlo –explicó con tristeza, cayendo en la cuenta de que ella no le había confesado aquel amor que él siempre había creído ver en sus ojos–. Son mi maldición.

–Ya no –la chica volvió a acercarse, venciendo su propio miedo–. Mírate, estás curado.

Usando el brazo izquierdo, la apartó antes de elevar el derecho y mostrar su arma. Miró a su alrededor, deteniéndose en la contemplación de todo objeto que estaba en su campo visual.

–Mi cura es pasajera –explicó–, y tengo que pagar un alto precio por ella.

–Sea lo que sea, te ayudaré.

Centró su atención en la chica y, efectivamente, la encontró tan linda y tan indefensa como aquel primer día en el que se enfrentaba a una clase repleta de nuevos compañeros.

–Tengo que matar –confesó en un susurro.

Levantó la palanca que hacía de seguro del arma y la miró, absorto, casi teniendo la sensación de que aquello no estaba sucediendo.

Introdujo el cañón en su propia boca y cerró los ojos. Antes de apretar el gatillo pensó que la muerte sabía a herrumbre y pólvora vieja.

En una última reflexión llegó a la conclusión de que las situaciones más complejas se podían resolver de la manera más simple, así sin más.